

DÉCIMO SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Gran parte de la recuperación se basa en la disposición para vivir de forma diferente, un día a la vez. Podemos experimentar momentos de claridad, de entrega o de un despertar espiritual, pero el cambio duradero se logra por medio de una constante práctica cotidiana. La honestidad, la unión y la confianza en Dios se convierten en la base de una nueva forma de vivir.

Las lecturas de este domingo abordan directamente la experiencia sentir miedo y la tentación de esconderse. En la primera lectura, el profeta Jeremías expresa la profunda angustia, describiendo la presión y la oposición que enfrenta al hablar con la verdad (Jeremías 20:10-13). Incluso en su miedo, sigue regresando hacia Dios en lugar de apartarse. Esto refleja un conflicto central durante la recuperación. Podemos sentir la necesidad de escondernos, protegernos o evitar ser completamente en nuestra totalidad, especialmente cuando nos sentimos expuestos o vulnerables.

Muchos de nosotros conocemos este patrón. En la adicción activa, el secreto muchas veces se convirtió en una forma de vida. Ocultamos nuestras acciones, nuestros pensamientos e incluso partes de nosotros mismos que no queríamos que los demás conocieran. Estos secretos daban la ilusión de seguridad, pero en realidad nos mantenían aislados y atrapados. La recuperación empieza a cambiar eso. Aprendemos que la honestidad no es solo un principio moral, sino un camino hacia la libertad.

El Evangelio pone esta verdad muy en claro (Mateo 10:26-33). Jesús dice a sus discípulos: *“No hay nada oculto que no llegue a descubrirse; no hay nada secreto que no llegue a saberse.”* Al principio, esto puede sonar amenazador. Sin embargo, Jesús además de esta afirmación, hace una repetida invitación: *“No tengan miedo.”* No nos expone a ser avergonzados, sino que nos llama a la libertad. Lo que está oculto ya no debe controlarnos.

Esto se refleja en la recuperación a través de una verdad que conocemos: Los secretos nos mantienen enfermos. La sanación

comienza cuando estamos dispuestos con honestidad a admitir ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano. Los pasos Cuatro y Cinco nos llevan por este proceso, ayudándonos a hacer un minucioso inventario y admitir la verdad en nuestras vidas. No se trata de una condenación, sino de la claridad. A medida que sacamos a la luz nuestras vivencias, empezamos a soltar la fuerza que la culpa tiene sobre nosotros.

El Salmo Responsorial nos da certeza sobre este proceso: *“Escúchame, Señor, porque eres bueno”* (Salmo 69). No estamos solos cuando somos honestos. En esos momentos, Dios está con nosotros con misericordia y compasión. Incluso cuando nos sentimos exhibidos, estamos bajo Su cuidado.

En la segunda lectura, San Pablo profundiza en este entendimiento (Romanos 5:12-15), recordándonos que, aunque por un solo hombre entró el pecado en el mundo, la gracia se ha dado en abundancia por medio de Cristo. Nuestro quebrantamiento es real, pero no es más grande que la misericordia de Dios. Por muy lejos que hayamos llegado, no estamos fuera de la redención.

En el Evangelio, Jesús continúa recordándonos nuestra valía: *“Hasta los cabellos de su cabeza están contados. Por lo tanto, no tengan miedo, porque ustedes valen mucho más que todos los pájaros del mundo.”* Esto se refiere directamente al miedo que a menudo está debajo de nuestro secreto. Puede ser que temamos el rechazo, el juicio o la visión completa de nosotros. Sin embargo, Jesús nos asegura que nos conoce completamente y nos ama plenamente.

La recuperación nos invita a responder a esa verdad con acciones. Continuamos haciendo nuestro inventario diario, atentos de cuando podemos estar reservándonos o evitando ser honestos. Cuando surge sucede, se nos motiva a compartirlo rápidamente en lugar de permitir que crezca en el aislamiento. Esta práctica continua nos mantiene alineados con la verdad y ayuda a evitar que regresemos a viejos patrones.

Esto no significa que compartamos todo con todos. La sabiduría y el discernimiento forman parte de la recuperación. Sin embargo, sí significa que nos comprometemos a vivir sin secretos. Nos damos oportunidad de ser conocidos al tener relaciones sanas y apropiadas.

La recuperación se vive un día a la vez. A medida que continuamos en este camino, se nos llama a soltar el miedo y confiar en que la verdad de Dios nos lleva a la libertad. Lo que sacamos a la luz puede ser sanado, y lo que se sana puede convertirse en una fuente de esperanza para otros.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos el miedo o la culpa te llevaron a ocultar partes de tu vida, y cuál fue el impacto que esto causó?
- ¿Qué te ayuda en tu recuperación a practicar la honestidad ante Dios, ante ti mismo y ante los demás hoy?
- ¿De qué maneras has experimentado la libertad o la sanación después de sacar algo a la luz?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Jeremías 20:10-13

SAL. RESP. Salmo 69:8-10, 14, 17, 33-35

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:12-15

EVANGELIO Mateo 10:26-33